

## CRISIS, PROGRESO TECNICO Y REGULACION

### Reflexiones acerca de la actualidad de la perspectiva socialista

Carlos Ominami P.

En más de un sentido la década de los setenta aparece retrospectivamente como la de las revoluciones tecnológicas fallidas. Al mismo tiempo que al período de expansión rápida y sostenida de las principales economías capitalistas del planeta sucedía una fase de manifiesta declinación, la aceleración del ritmo de la innovación tecnológica parecía sin embargo abrir un ancho cauce para la superación de una situación de crisis y morasmo que muchos consideraban como un accidente pasajero. En efecto, ahí estaban la Tercera Revolución Industrial, la Revolución de la Inteligencia y de los Micro-procesadores para superar los obstáculos que se oponían al desarrollo y retomar la senda del auge y la prosperidad. En la euforia tecnológica propia de esos años, no faltaron incluso quienes decretaron la obsolescencia de los antagonismos sociales e internacionales clásicos y se atrevieron a predecir incluso la derrota casi ineluctable del sub-desarrollo a manos de .... los computadores y las bio-tecnologías (1).

La permanencia de la crisis en la mayoría de las economías dominantes -de mercado pero también en las centralmente planificadas-, el estallido masivo de crisis en las economías del Sur y los sombríos pronósticos sobre el futuro de corto y mediano plazo del crecimiento mundial, contrastan brutalmente con el optimismo que hasta hace todavía pocos años embargaba a buena parte de los economistas y de los representantes oficiales.

La frustración de las expectativas desatadas por la revolución tecnológica no proviene de una revisión en baja de sus potencialidades intrínsecas. Muy por el contrario, las micro-realizaciones de las nuevas tecno-

(1) Un ejemplo ilustrativo de esta toma de posición es el best seller de J. J. Servan-Schriber, El desafío mundial.

logías se han sucedido en el curso de estos años a un ritmo vertiginoso. Empero, en ausencia de una transformación equivalente del cuadro económico-social en que ellas intervienen sus resultados en el plano macro, no han logrado contrarrestar las tendencias recesivas que continúan dominando la escena económica mundial.

Esta contradicción flagrante entre las potencialidades físicas de la revolución científico-tecnológica y la incapacidad de los sistemas actualmente constituidos para encauzarlas en un sentido progresivo constituye, a nuestro juicio, un punto de partida para poner de manifiesto la pertinencia teórica del concepto de regulación global así como la actualidad política de la perspectiva socialista en el debate acerca de los grandes problemas de las economías contemporáneas.

#### I. LA ANGUSTIA DE LOS ECONOMISTAS

A medida que el tiempo avanza y no se avizoran soluciones capaces de reactivar de manera durable la producción, la inversión y el empleo en las principales economías del mundo capitalista desarrollado (para no hablar de la mayor parte de los países en desarrollo) cunden la perplejidad e incluso la angustia en las filas de los economistas. En realidad, el en tierra un tanto precipitado de las enseñanzas de Keynes y la decepción en cuanto a los resultados de las nuevas recetas -monetaristas a la Friedman, ofertistas (supply side) a la Laffer-, han puesto en evidencia la existencia de un gran vacío en el pensamiento económico dominante.

De hecho, ninguna de las nuevas ortodoxias ha conseguido avanzar respuestas capaces de dar simultáneamente cuenta de los principales desequilibrios a los que se enfrentan las economías contemporáneas. Así, si ciertas terapias de corte monetarista pueden exhibir algunas realizaciones en el plano de la contención de la inflación, ellas han tenido sin embargo como costo una disminución substancial de las tasas de crecimiento y una elevación persistente del número de desocupados, el cual solo en la zona OCDE supera los 30 millones. Del mismo modo, la propia reali



dad se ha encargado de desmentir la tesis tan en voga hace algunos años según la cual, "las ganancias de hoy día constituyen las inversiones de mañana y los empleos de pasado mañana". Contrariamente a lo que sugiere ese tipo de encadenamiento, por un lado, la mediocridad de las anticipaciones de los diversos agentes frente a un futuro que perciben como esencialmente incierto, limita de manera drástica los niveles reales de inversión. Por otro lado, el privilegio ostensible de las inversiones de racionalización por oposición a las inversiones destinadas a aumentar la capacidad productiva, trae consigo un efecto negativo en lo que al nivel global de empleo concierne.

En este mismo sentido, la gran polémica en torno a la organización del sistema monetario internacional entre partidarios de paridades fijas y sostenedores de un tipo de cambio flotante ha mostrado, más allá de la sofisticación de los argumentos esgrimidos en uno u otro sentido, su carácter en definitiva subalterno. De hecho, como lo ilustran en forma meridiana las grandes tensiones a que se encuentra sometido el actual sistema, la adopción de cambios flotantes más que permitir la eliminación de las rigideces de la organización anterior, ha constituido un factor multiplicador de la inestabilidad propia a un sistema en el que prima la guerra de monedas.

Blanco predilecto de las nuevas ortodoxias, el desmantelamiento del Welfare State, no parece tampoco abrir paso a una salida de crisis consistente. Si el aumento desmesurado en particular del componente indirecto de los salarios, había llegado a un punto tal que tornaba cada vez más problemática la valorización del capital, el estancamiento de la masa salarial ha afectado las condiciones de realización de las mercancías producidas sin que los nuevos recursos así liberados logren invertirse de modo de generar un efecto plenamente compensador. El regreso a una economía pre-keynesiana de acuerdo a la cual los salarios son unilateralmente vistos como un elemento de los costos, desconociéndose el hecho de que ellos intervienen igualmente en la determinación del nivel de la demanda agregada, se ha pagado durante estos años a un elevado precio en términos de estancamiento productivo y aumento del desempleo.

Por su parte, el debate que animan los economistas de los países en desarrollo ofrece, salvo excepciones notables (1), un panorama francamente desolador. Frente al peso de las restricciones que derivan sobre todo del fardo de la deuda externa, el debate económico se ha reducido en muchos países a una discusión de naturaleza contable acerca del ajuste de las cuentas externas. Poco en verdad se ha avanzado en la elaboración de respuestas concretas destinadas a modificar las estructuras productivas de economías cuyas crisis no son sólo de corte financiero (2).

Como lo hacía notar Stephen Morris en una conferencia reciente (3), lo que más llama la atención en las tomas de posición de los economistas es la precariedad de las ortodoxias económicas del momento. Sería sin embargo injusto atribuir esta precariedad a una ligereza que para algunos constituye una característica casi intrínseca a los economistas. Existen por el contrario, factores objetivos que explican la dificultad para avanzar, a partir de los útiles forjados en las últimas décadas, proposiciones susceptibles de enfrentar de manera coherente la actual situación.

De hecho, el desarrollo del pensamiento económico moderno ha sido ampliamente influenciado por las visiones optimistas construidas en el período que va desde finales de 1945 hasta el shock petrolero de 1974, años que algunos designan como el de los treinta gloriosos. La expansión sin precedentes de las economías dominantes pero también de los países en desarrollo durante este período aparece, no sin razón, asociado a la revolución suscitada en el plano de la teoría económica por la imposición de

- 
- (1) Entre ellas cabe hacer notar los esfuerzos actuales de la CEPAL en vistas a delinear una estrategia de mediano plazo capaz de enfrentar de manera global el conjunto de desequilibrios que afecta a las economías de la región.
  - (2) Esa es una de las principales conclusiones a que apunta nuestro libro Le Tiers Monde dans la Crise, Editions La Découverte, Paris (diciembre 1985). Versión en español por el Grupo Editor Latinoamericano de Buenos Aires.
  - (3) S. Morris es un ex-asesor del Secretario General de la OCDE. La Conferencia fue pronunciada en la Universidad de Princeton el 3 de mayo de 1984 y publicada bajo el título "Managing the World Economy: wil we ever learn?" en Essays in International Finance N° 155, noviembre 1984.



las ideas keynesianas. En este contexto, las oscilaciones cíclicas brutales, los períodos de declinación sostenida de la actividad económica, en suma las crisis, llegaron a aparecer como fenómenos obsoletos propios de la prehistoria del pensamiento económico. Provistos de una batería de técnicas de estimulación del gasto y sostenimiento de la demanda, los economistas creyeron que habían logrado por fin dominar el ciclo económico, todo lo cual abría la posibilidad de asegurarle al sistema una expansión permanente, haciendo de las crisis un fenómeno decimonónico.

El estallido de la crisis durante la segunda mitad de los sesenta encuentra a los economistas particularmente mal armados para enfrentar la nueva situación. Se trata de turbulencias en un sistema esencialmente próspero argumentan muchos de ellos. La irreductibilidad de la crisis frente a las diferentes tentativas de reactivación que se ensayan durante los setenta, precipita sin embargo un cuestionamiento creciente del consenso keynesiano que hasta ese entonces prevalecía en la profesión. Empero, las nuevas ortodoxias que comienzan a proliferar conducen, cuando ellas se aplican, a resultados decepcionantes tanto en el plano del crecimiento como en el de la inversión y el empleo.

A la crisis de la actividad económica se agrega así la propia crisis de las teorías llamadas a interpretarla y orientarla en un sentido progresivo. A la creencia en la idea de una expansión indefinida sucede una visión cada vez más dominada por la opacidad y la incertidumbre. El futuro se torna de este modo radicalmente impredecible. En ausencia de parámetros estables, la modelística pierde buena parte de su pertinencia y utilidad.

Dentro de las innumerables paradojas del período actual, la situación que enfrenta la economía política de inspiración marxista no es la menos significativa. No obstante que sus elaboraciones, tanto las relativas a los países desarrollados como a las economías en desarrollo, han hecho de la crisis un tema privilegiado, la influencia de los análisis derivados de esa vertiente del pensamiento se encuentra en la actualidad en su punto más bajo.

La incapacidad de los teóricos de tradición marxista para desarrollar y especificar las intuiciones de Marx, hizo del marxismo, en el plano del análisis de la crisis así como en otros terrenos, un cuerpo de ideas esclerosado que más que nutrirse de las nuevas realidades fué progresivamente dándoles la espalda. De esta forma no es de extrañar que la convergencia entre historia y teoría que el marxismo puede esta vez exhibir, no sea mayoritariamente percibida como un acierto intelectual sino más bien como la propiedad que tiene un reloj detenido de dar en algún momento del día la hora exacta. Los análisis en términos de regulación a los cuales haremos referencia en el punto tercero de este trabajo, asumen críticamente esta situación y buscan darle a algunas de las grandes intuiciones de Marx un significado a tono con las circunstancias presentes.

## II. VIRAJE TECNOLÓGICO Y TRANSFORMACIONES SOCIALES

La esencia de la técnica no tiene nada de técnico escribió acertadamente Heidegger. En efecto, por sobre su configuración material la técnica es siempre una forma social de relación con la naturaleza. De ahí que el proceso que media entre la aparición de una determinada innovación tecnológica y su integración plena a un sistema social de producción esté sujeto a múltiples determinaciones. Este proceso de adaptación del nivel micro al universo macrosocial es tanto más complejo cuanto que, como ocurre actualmente, el viraje tecnológico no se circunscribe a áreas específicas sino que abarca al conjunto del sistema técnico y de la organización social.

Así, los progresos de la electrónica son portadores de transformaciones de envergadura en las más diversas áreas del quehacer: en las condiciones de producción, a través de la automatización industrial que hacen posible la introducción de máquinas herramientas o control numérico, robots y una vasta gama de mecanismos de control automático de los procesos productivos; en las formas de transmisión de la información, mediante el desarrollo de las telecomunicaciones y la telemática; en las modali-



dades de intermediación comercial y bancaria por la vía de la utilización masiva de moneda electrónica; en los hábitos más estrictamente individuales a partir de la difusión de la informática familiar y los computadores personales.

A las mutaciones inducidas por los avances de la electrónica deben por otra parte agregarse aquellas que derivan de la explotación en gran escala de las biotecnologías. La posibilidad que ofrecen los nuevos desarrollos científicos de modificar el patrimonio genético de las células y de sus producciones, abre en efecto enormes perspectivas, toda vez que por ejemplo la ingeniería genética permite considerar a las células y en particular a ciertos micro-organismos como las plantas químicas del futuro (1). En ellas se pueden fabricar en abundancia diferentes productos de interés farmacológico o nutricional que anteriormente se producían en cantidades ínfimas y a un elevado costo. Igualmente, las innovaciones recientes en el plano de la utilización industrial de la biomasa, crean las condiciones de una transformación radical de las formas tradicionales de producción energética.

En rigor, la masificación de esas innovaciones plantea la necesidad de un doble proceso de adaptación: respecto del sistema técnico por un lado, respecto de la organización socio-económica por el otro.

En su Historia de las Técnicas (2), Bertrand Gille ha mostrado que en una determinada época y área geográfica, la técnica constituye un sistema global. Este concepto se basa en la observación de la interacción entre las diferentes técnicas de una misma época y la interdependencia de sus progresos respectivos. De hecho, como lo afirma Gille, cada uno de los componentes de un sistema técnico necesita para su propio funcionamiento de otros productos del sistema. Esta relación es evidente en el dominio de los materiales. Así, por ejemplo, si la siderurgia utiliza la máquina a vapor, ésta requiere de un metal con gran capacidad de resistencia para soportar las altas presiones y el sobrecalentamiento. En un senti-

---

(1) Revue d'Economie Industrielle, número especial consagrado a la génesis y desarrollo de la bioindustria, 4to. trimestre 1981, Paris.

(2) B. Gille, Histoire des Techniques, La Pléiade N° 21, 1978, Paris.

do general, la elaboración de los principales productos requiere del con curso de diversas tecnologías y ramas. Es pues preciso que éstas se adapten unas con otras tanto cuantitativa como cualitativamente, puesto que todo progreso en una rama crea una demanda en las ramas conexas y actúa como factor de incitación de la innovación (1).

Más complejo aún es el proceso de adecuación de la organización socio-económica a las evoluciones que tienen lugar en el plano tecnológico. Las potencialidades asociadas a las nuevas tecnologías plantean en realidad un enorme desafío a la capacidad de innovación social. Así, basta pensar en la amplitud de su impacto en los diversos aspectos que involucra la relación salarial. En efecto, todos los componentes de esta relación básica en la organización capitalista de la producción, están llamados a sufrir alteraciones profundas, que se trate de las normas de tiempo, de intensidad, del valor de la fuerza de trabajo, del patrón de consumo de los asalariados, de la estructura y je rarquía de las calificaciones, de las modalidades de segmentación del mercado de trabajo, etc.

En este contexto, las consecuencias de las nuevas tecnologías sobre el nivel del empleo resultan particularmente ilustrativas. Se sabe por ejemplo que una máquina herramienta a control numérico reduce en alrededor de 50% la cantidad de puestos de trabajo requeridos por un equipo tradicional. Por su parte, la introducción de un robot reemplaza, según las estimaciones disponibles, entre 3 y 5 puestos de trabajo en aquellos sectores en donde estos han estado siendo utilizados (pintura, soldadura, almacenamiento, etc.). De suyo significativas, estas performances en cuanto ahorro de fuerza de trabajo, podrían incluso multiplicarse mediante la generalización de los llamados talleres flexibles, en los cuales la tendencia a la limitación del trabajo vivo alcanza su punto culmi nante (2).

Lo anterior sugiere con fuerza la existencia de una inadecuación crecien-

- 
- (1) Centre de Prospective et d'Evaluation, Rapport sur l'état de la technique, marzo 1985, Paris.
- (2) P. Petit, Progrès technique et emploi: quel bilan. B. Coriat e Y. Lecler, Robots industriels et emploi, L'état des sciences et des techniques, La Découverte-Maspero, Boréal Express, 1982, Paris/Montreal.



te entre las rápidas transformaciones del sistema técnico y los arcaismos que caracterizan la organización social del trabajo. En este sentido baste recordar como luego de una reducción rápida y sistemática entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, la duración de la jornada de trabajo ha tendido a mantenerse estable en torno a las 40 horas semanales. Ello, no obstante la importancia de los aumentos de productividad física que resultan de la evolución de las condiciones de producción durante las últimas décadas.

Históricamente, la expansión del nivel de empleo en las economías desarrolladas ha dependido de tres factores principales: por una parte, de la creación de nuevas fuentes de trabajo en los sectores modernos, es decir en aquellos sectores cuyas innovaciones tecnológicas han justamente suprimido empleos en las ramas más tradicionales; por la otra, de la capacidad de absorción de fuerza de trabajo en el amplio conglomerado de actividades que constituye el sector servicios y last but not least, de la tendencia a la reducción de la jornada de trabajo.

El rápido aumento del desempleo en las economías capitalistas desarrolladas en el curso de los últimos quince años, pone claramente de manifiesto la debilidad de la acción de los factores llamados a neutralizar los efectos de la introducción de nuevas tecnologías. Si es cierto que los sectores de punta han venido creando nuevos puestos de trabajo, ocurre sin embargo que la difusión del progreso técnico hacia los servicios, ha limitado de manera drástica el potencial de absorción de fuerza de trabajo del cual disponía tradicionalmente este sector. Así por ejemplo, la automatización de los empleos de oficina, mediante la utilización de una amplia gama de aparatos (máquinas de procesamiento de palabras, telecopiadores, micro-computadores, etc.), constituye, se estima, una amenaza para cerca de la mitad de los trabajos de dactilografía y otros empleos no calificados.

No resulta pues razonable esperar -aún suponiendo que ello pueda tener lugar- de una reactivación masiva del consumo y la inversión una solución de fondo al problema del desempleo. En ausencia de cambios substanu

tivos en la organización social del trabajo y muy particularmente de una reducción significativa de la jornada de trabajo -lo que plantea a su vez la necesidad de desarrollar una economía del tiempo libre- todo indica que primarán en el futuro los efectos destructivos que los procesos de transformación global de la base técnica de la sociedad, forzosamente traen consigo.

### III. EL APORTE DEL ENFOQUE DE LA REGULACION

Se desprenden de lo anterior importantes consecuencias teóricas y políticas. Frente a la amplitud de las transformaciones del sistema técnico y la complejidad de las adaptaciones requeridas en el plano de la organizaciones socio-económica, la economía pura, sea ésta de inspiración neoclásica o keynesiana, se encuentra en realidad poco capacitada para dar cuenta de los desafíos del tiempo presente. Más aún, al considerar tanto la tecnología como la organización económico-social como datos de hecho exógenos, la teoría pura evacúa de su campo de estudio todo aquello que constituye, justamente, el nudo central de los problemas planteados por la crisis.

En efecto, la pluralidad de influencias a que crecientemente están expuestos los procesos económicos, tornan poco pertinentes las elaboraciones intelectuales construidas sobre la base de categorías omniexplicativas (mercado, equilibrio general, demanda efectiva) a las cuales se atribuye validez universal.

En un horizonte social y tecnológicamente previsible, los mercados pueden quizás funcionar adecuadamente proveyendo a los agentes de la información necesaria a la toma de decisiones racionales. En cambio, en situaciones como la actual dominadas por una incertidumbre radical respecto del futuro, los mercados ponen en evidencia toda la miopía que los caracteriza. En el mismo sentido, en momentos en que todos los parámetros de la actividad económica están sometidos a influencias contradictorias, la noción de equilibrio general aparece como un principio abstracto de



escasa significación real. De igual manera, el concepto de demanda efectiva resulta de interés limitado, toda vez que las incertidumbres respecto del futuro no dicen solamente relación con su expansión cuantitativa sino que principalmente con su composición cualitativa.

Los análisis en términos de regulación parten de esta constatación y postulan como premisa central la variabilidad en el tiempo y en el espacio de las dinámicas económicas y sociales (1). Se trata de este modo de propender a una articulación estrecha entre historia y teoría económica. Desde este punto de vista los enfoques en términos de regulación recogen una intuición de Marx respecto de la cual el marxismo ya cristalizado se apartó del momento en que no resistió a la tentación de proclamar la existencia de "leyes de la historia". Esa rigidización le hizo perder al marxismo rigor intelectual y capacidad de renovación conceptual y fué así como una parte cada vez más importante de los procesos objetivos que informan la realidad, se vio relegada al precario estatuto de "contratendencias".

Por oposición entonces a las visiones marxistas ortodoxas, se le reconoce al capitalismo la facultad de asegurar durante períodos prolongados una compatibilización dinámica de motivaciones contradictorias y decisiones descentralizadas. En esa perspectiva, un sistema de regulación aparece conformado por el conjunto de procesos que participan en el ajuste de la producción a las demandas sociales, dada una cierta configuración de las formas de organización y de las estructuras productivas (2).

Este tipo de definición así como otras que se han propuesto (Aglietta (3), Destanne de Bernis (4), etc.), buscan fundar, a través de la intro-

- 
- (1) Una presentación sistemática del concepto de regulación así como de sus aplicaciones se hace en el libro colectivo (M. Aglietta, H. Bertrand, R. Boyer, R. Hausmann, A. Lipietz, J. Mistral y C. Ominami), Capitalismes, fin de siècle, en curso de publicación en Presses Universitaires de France. Esta sección sintetiza algunas de las ideas allí contenidas.
  - (2) Capitalismes, fin de siècle, op. cit.
  - (3) Régulation et crise du capitalisme: L'exemple des Etats-Unis, Calmann-Levy, Paris, 1976 (versión en español en Siglo XXI de México).
  - (4) Les limites de l'analyse en termes d'équilibre économique général, Revue Economique vol. XXVI, N° 6, noviembre 1975, Paris.

ducción del tiempo histórico, un enfoque alternativo al del equilibrio e conómico general, capaz de poner al descubierto los diversos mecanismos mediante los cuales un sistema dado se reproduce pero también se trans- forma.

En esta óptica, el concepto de regulación es antes que nada una aproximación metodológica que invita, para citar una expresión célebre, al análisis concreto de cada situa- ción concreta, asumiendo para ello la existencia de una interacción es- trecha entre nociones teóricas, hipótesis específicas y verificaciones en la historia de largo período. La integración de la dimensión históri- ca al estudio de los procesos económicos requiere en efecto de una con- frontación sistemática entre las tendencias del tiempo pasado y los con- ceptos elaborados a partir de la deducción lógica. De otra forma, el a- nálisis desemboca en un puro historicismo para el cual la realidad y su evolución probable se presentan como una repetición mecánica de fases tal como ocurre con la teoría de los ciclos al estilo Kondratieff o Juglar. El avance de la reflexión supone, a su vez, la elaboración de nociones intermedias que permitan operar el paso desde las categorías más abstractas (por ej. modo de producción) a proposiciones suscepti- bles de ser verificadas con la información disponible. Es a esta búsque- da a la cual se consagran los diversos trabajos que se agrupan bajo la denominación común de análisis de la regulación.

En este enfoque, dos tipos de nociones juegan un rol fundamental: régi- men de acumulación por un lado, modalidad de regulación por el otro. Am- bos son necesarios para explicar como la violencia de los antagonismos que se observan al nivel del modo de producción no necesariamente deri- van en conflictos destructivos que terminen negando toda viabilidad a los sistemas así constituidos. En la realidad la identificación de un régimen de acumulación pasa por un análisis: de la dinámica que rige la organización de la producción y la relación específica de los asalaria- dos con los medios de producción; del horizonte temporal de valorización del capital; del principio de distribución de la riqueza que permite (o no) la reproducción de una cierta estructura de clases; de la composición y evolución de la demanda social y su grado de adecuación respecto de las capacidades de producción; de las características de la articulación



entre las formas capitalistas y no capitalistas de producción.

Sobre esa base, corresponde en una segunda fase caracterizar la configuración precisa de un conjunto de formas institucionales susceptibles de asegurar la estabilidad de las dinámicas que operan al nivel del régimen de acumulación. En lo fundamental, ellas se refieren a las formas de la creación monetaria; de la competencia y de la intervención estatal y su operatoria se realiza a través de una trama compleja de leyes, reglas, reglamentos, compromisos pero también de representaciones sociales que emanen de la adhesión de la comunidad a un cierto sistema de valores.

Del análisis precedente emerge una serie de regularidades parciales cuyas propiedades desde el punto de vista de la estabilización de la acumulación dependen de su aptitud para dar lugar a una modalidad de regulación global. En la lógica de este enfoque la noción de regulación designa el conjunto de formas institucionales, prácticas y costumbres que actúan como fuerzas incitativas o coercitivas sobre los agentes económicos, a fin de garantizar que su comportamiento se ajuste a las necesidades que plantea la reproducción de la acumulación.

#### IV. ACERCA DE LA ACTUALIDAD DE LA PERSPECTIVA SOCIALISTA

La coherencia dinámica de un sistema depende pues de un elevado número de condicionantes cuya articulación progresiva o regresiva, no está sometida ni al azar ni a la acción de principios teleológicos. Las formas institucionales sobre las cuales se apoyan las regularidades macro-económicas que permiten la continuidad de la acumulación, constituyen la crystalización de compromisos que luego de intensos conflictos los sectores en pugna finalmente establecen. Del mismo modo que las estrategias específicas que despliegan los agentes constituyen los fundamentos micro-económicos de la macro-economía, los compromisos en que desembocan los conflictos entre las clases y sectores presentes en la sociedad, constituyen los fundamentos macro-sociales de la macro-economía.

Tradicionalmente, el pensamiento liberal ha privilegiado de manera unilateral los comportamientos micro-económicos asumiendo -supuesto heróico- que esa multitud de decisiones se coordina de tal manera (a través de la famosa "mano invisible") que la maximización del bienestar individual da como resultado un óptimo social. La observación empírica no confirma sin embargo esta apreciación.

En su historia, el capitalismo exhibe dos grandes modalidades de regulación. La primera de tipo concurrencial, la segunda de corte monopolista. La regulación concurrencial corresponde al período de hegemonía intelectual del liberalismo y se caracteriza por un elevado grado de inestabilidad en el funcionamiento económico. De hecho, luego de una sucesión de crisis cíclicas, la Gran Depresión de los años treinta marca los límites insuperables de esta modalidad de regulación, toda vez que el contexto institucional y las formas de ajuste a ella asociados, se revelan impotentes para canalizar los aumentos de productividad que la evolución del progreso técnico autorizaba. Se abre así una fase de grandes convulsiones y guerras que sólo será superada a través de la emergencia en el plano económico, de una nueva modalidad de regulación que tiene su origen en el New Deal propuesto por Roosevelt. Por oposición a la primera, la regulación monopolista se apoya en un conjunto de formas institucionales (precios administrados, moneda de curso forzoso, acuerdos salariales, intervención masiva del estado, etc.) cuyo resultado último consistió en garantizar una cierta previsibilidad al funcionamiento económico mediante el ajuste ex-ante de la producción a la demanda social. La potencia de esta contrucción social quedó de manifiesto en el auge sin precedentes que conocen las economías capitalistas desarrolladas durante las tres décadas que siguen al fin de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, existe hoy día una considerable evidencia en cuanto a que las tensiones y desequilibrios que desde finales de las sesenta comienzan a manifestarse en las principales economías, no derivan de perturbaciones exteriores a la lógica de la regulación imperante, sino que traducen la acción de presiones que le son estrictamente endógenas. Dicho de otro modo, a partir de un cierto umbral, la progresión por ejemplo de la masa salarial, directa pero sobretodo indirecta, pasa a jugar un rol desesta-



bilizador de la acumulación afectando las condiciones de valorización del capital allí donde, hasta ese entonces, había sido un factor primordial en la constitución de un amplio espacio para la realización de las mercancías.

La dificultad para asegurar una salida a la crisis en el cuadro de la regulación en rigor, ha abierto el camino a una búsqueda cuyos resultados son todavía incipientes. Dos grandes opciones parecen de todos modos perfilarse. En ascenso, amparada en el éxito (probablemente esfímero) de la "Reaganomics", la línea de la desregulación parte de una constatación correcta: las rigideces que caracterizan el funcionamiento del sistema inhiben el despliegue de todas sus potencialidades. Ocurre sin embargo que la desregulación, el desmantelamiento del Welfare State, etc., tienden más bien a desestructurar los resortes de la regulación precedente sin por ello asegurar la configuración de un substituto adecuado. En estas condiciones, todo indica que la salida a la crisis vehiculizada por esta corriente, involucra un alto número de componentes regresivos. En efecto, al no mediar un proceso destinado a modificar en una perspectiva progresiva las bases macro-sociales del sistema económico (reestructuración de la organizaición social del trabajo y reducción de su jornada, desarrollo de una economía del tiempo libre, etc.) la proliferación de micro-realizaciones a partir de la introducción de nuevas tecnologías, tiende, como se ha visto, a generar una estructura fuertemente dual: a un extremo, un sector que dispone de altos grados de productividad y eficiencia y que logra acceder a estilos de vida cada vez más sofisticados; al otro, un conjunto heteróclito de actividades condenadas a sufrir todos los efectos en términos de bajos ingresos, desempleo y marginalidad que resultan de un proceso de modernización dejado al libre arbitrio del mercado.

Frente a la alternativa de la desregulación con todos los peligros que ella encierra, se plantea la necesidad de diseñar una vía que se oriente hacia una salida de crisis progresiva, por arriba. El socialismo puede encontrar allí un campo a partir del cual regenerar su imagen desgastada tanto por la práctica del socialismo real como por los límites de la ges

ción de inspiración social-demócrata.

Sería sin lugar a dudas ingenuo pretender que el socialismo pueda responder a este desafío, sin un proceso previo de renovación de sus formas y actualización de sus contenidos. Históricamente, si nos referimos en particular a la experiencia de los países de economía centralmente planificada, el sello característico del socialismo ha sido su perfil redistributivo y su desprecio por la democracia dicha "formal". Así las cosas, el capitalismo ha logrado monopolizar para sí los valores de la eficiencia y de la democracia a secas.

En las actuales condiciones de crisis, el socialismo, democrático y moderno, tiene la posibilidad de enfrentar al capitalismo en su propio terreno. El éxito de esta empresa dependerá de su capacidad para transformarse en portavoz y garante de un proceso de modernización al interior del cual la innovación social se desarrolle en forma simultánea y compatible con los progresos de la innovación tecnológica.

Habiéndose alcanzado una fase de la historia de la civilización en la que el desarrollo de la ciencia y la tecnología le permiten al hombre transferir inteligencia a la materia, cabe al socialismo transformarse en el principal vector de movilización de inteligencia a la solución de los problemas sociales. Un socialismo con vocación humanista y racionalizadora puede en realidad hacer una contribución esencial al progreso de la humanidad. La sujeción del desenvolvimiento técnico a la lógica de la ganancia capitalista, no permite la creación de una base suficientemente amplia para el desarrollo pleno de todas sus potencialidades. Antes bien, subordinadas a la expansión del capital, las nuevas tecnologías son portadoras de nuevas formas de marginalidad y opresión, ya sea por la vía de la exclusión de grandes masas de trabajadores de los núcleos dinámicos del sistema, ya sea por envilecimiento y descalificación de la fuerza de trabajo adscrita a los últimos peldaños de la producción automatizada.

En esta perspectiva, la redefinición de la organización social del trabajo



jo y la consolidación de la democracia política frente a las tendencias autoritarias, aparecen como las dos grandes tareas que tiene por delante el socialismo renovado.

Los nuevos desarrollos tecnológicos ponen en efecto en cuestión toda la concepción tradicional en materia de organización del trabajo. Como alternativa a la sociedad dual y a la separación creciente entre concepción y ejecución, a la que necesariamente conducen las recetas de corte neo-liberal, le corresponde al socialismo proponer una organización del trabajo que ponga en el centro de sus preocupaciones al hombre y sus necesidades. Vasto programa que supone inventar soluciones destinadas a distribuir el trabajo y a suprimir las tareas repetitivas, tediosas, insalubres.

Asimismo, la expansión de las actividades que por su importancia creciente no pueden ser dejadas a la iniciativa privada (educación, desarrollo científico, control del medio ambiente, etc.) requiere de un fortalecimiento de los mecanismos de intervención estatal. Ante los riesgos evidentes de ejercicio autocrático o elitista de un poder acrecentado, la profundización de la democracia política representa una necesidad ineludible.

Santiago, Julio 1985.

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA REALIDAD CONTEMPORANEA

academia de humanismo cristiano



PROGRAMA

IDEAS Y EXPERIENCIAS SOCIALISTAS EN EL MUNDO CONTEMPORANEO

22 y 23 de Julio, 1985.

I. EXPERIENCIAS SOCIALISTAS Y LA DEMOCRACIA

Lunes 22, en la mañana.

Moderador: Rodrigo Alvaay

RENATO CRISTI

"Socialismo y Pluralismo"

(Wilfrid Laurier University, Canada)

OLIVIER MONGIN

"Socialismo y democracia en Francia"

(Redactor en Jefe, Revista "Esprit",  
Paris)

IGNACIO SOTELO

"La democracia en las experiencias

(Profesor investigador Universidad del PSOE (España) y el SPD (Alemania)  
de Berlin)

FRANCISCO WEFFORT

"Socialismo y Democracia en América

(Sociólogo investigador CEDEC

Latina"

Sao Paulo)

II. POPULISMO Y MARXISMO EN AMERICA LATINA

Lunes 22, en la tarde

Moderador: Norbert Lechner

ENZO FALETTO

"Notas sobre el populismo y la cues-

(Investigador FLACSO, Consultor

ción nacional en América Latina"

CEPAL)



CENTRO DE ESTUDIOS DE LA REALIDAD CONTEMPORANEA

academia de humanismo cristiano



JOSE ARICO "Marxismo en América Latina"  
(Argentina)

JOSE FERNANDO GARCIA "El debate contemporáneo sobre el  
(Profesor Universidad de rol de la clase obrera en el socia-  
Buenos Aires) lismo".

III. IMPACTO DE LAS INNOVACIONES TECNOLOGICAS EN EL PENSAMIENTO SOCIA-  
LISTA.

Martes 23, en la mañana

Moderador:

ARNOLD ROCKMANN "Las nuevas tecnologías y el socia-  
(York University, Canadá) lismo"

CARLOS OMINAMI "Las teorías de la Regulación: un  
(Investigador CERC-AHC instrumento para el análisis de las  
Santiago) economías capitalistas"

JULIO SILVA SOLAR "Nueva fase socialista"  
(Abogado, investigador  
CESOC, Santiago)

FRANK CUNNINGHAM  
(Universidad de Toronto, Canadá)

HARRY DIAZ  
(Universidad de York, Canadá)

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA REALIDAD CONTEMPORANEA

academia de humanismo cristiano



IV. LAS IDEAS SOCIALISTAS EN CHILE

Martes 23, en la tarde

Moderador: Ricardo Lagos

EDUARDO ORITZ

(Investigador Vector, Santiago)

"La evolución del pensamiento socialista en Chile"

ARMANDO ARANCIBIA

(Director Vector, Santiago)

"El pensamiento económico en el partido Socialista chileno"

LUIS RAZETO

(Investigador PET-AHC, Santiago)

"Democratización económica y democratización política"

MANUEL ANTONIO GARRETON

(Investigador FLACSO, Santiago)

"Partido y Sociedad en el proyecto socialista"